

El Porvenir del Obrero

N.º 89

25 Enero 1902

Oficinas: Moreras 12, 2.º — Mahón (Baleares)

Amor libre

Al juntar estas dos hermosas palabras, representativas de dos ideas que no pueden separarse, provocaré, de seguro, el escándalo de muchos hipócritas que me condenarán en nombre de una moral rigorosa contra el cumplimiento de las leyes naturales, pero que tolera la gran infamia de la prostitución y la bellaquería del celibato eclesiástico.

Siglos enteros han empleado los opresores de los pueblos—sacerdotes, juristas, capitalistas y caudillos militares—en amasar el cúmulo de preocupaciones que hoy unos pocos pugnan por desvanecer. No se contentaban aquellos con ejercer su dominio de hecho, querían también, con el fin de sofocar *a priori* todo germen de rebelión, convencer á los oprimidos de que la opresión que padecían, además de irremediable, era justa; y consiguieron su propósito de tal modo, que todavía, á pesar de la concienzuda labor de algunos grandes pensadores, el enemigo más terrible de la emancipación de los pueblos, el obstáculo más formidable para la libertad individual y colectiva no es ya la iglesia, ni las leyes, ni el ejército, sino las rutinarias ideas que hemos heredado y que nos han sugerido en los años primeros de la vida.

Es muy de lamentar que la humanidad haya sido nécia hasta el punto de admitir como bueno todo cuanto han querido enseñarle contrario á su bienestar, y solo conveniente á la seguridad de los privilegios de sus opresores; pero de todas las ideas funestas que han dominado, y aún hoy siguen ocasionando las más graves desdichas, la peor interpretada es la del *honor*, así en los hombres como en las mujeres.

El honor en los hombres es causa de la mayoría de las violencias; en las familias de odios extinguibles; en las naciones, de las guerras. Contradictoriamente, lleva unas veces al asesinato, otras á la baja, contribuyendo á la perpetuación de las gerarquías, pues la misma acción condenada en un hijo del pueblo es permitida al *caballero*: véase por ejemplo, la irritante frecuencia con que los oficiales golpean á los soldados con plena impunidad, mientras se castiga con la pena capital el caso contrario.

Nos cuentan grandes hechos realizados á impulsos del honor, sobre todo en los tiempos pasados; pero, si bien se examinan, son muy pocos los que no demuestran en el *héroe*, más bien sentimientos feroces que grandeza de alma. En la práctica, en lo que podemos ver y comprobar, el honor no hace cometer sino desatinos, actos de ridícula vanidad ó de insufrible orgullo, cuando no crímenes verdaderos. El caballero por regla general es un mal hombre.

En las mujeres el honor, en el mejor de los casos es la sujeción, la pérdida de personalidad, sin compensaciones, sin derechos de reciprocidad. Otras veces, el caso más frecuente, es un atentado contra la naturaleza.

Si existe el delito, si hay algo verdaderamente culpable, es sin duda el faltar á las leyes naturales, superiores á cuantas han escrito los hombres. Toda ley, toda costumbre que contradiga las leyes de la naturaleza es abominable por sí

misma y productora de infelicidad. ¡Cuántas mujeres jóvenes han pagado con la salud el egoísmo de negar la vida que rebotaba en ellas á un ser nuevo, como reclamaba su sano instinto, de conformidad con la ley santa de la reproducción de la especie! Pero dejemos á los médicos esta clase de consideraciones y miremos solamente la cuestión bajo el punto de vista moral y social.

Convendría examinar á los más atrabiliarios impugnadores del amor libre, conocerles en sus costumbres privadas, saber hasta que punto respetan en su vida íntima á la mujer propia y á las ajenas. ¡Cuántos desengaños habría de sufrir el que por sus palabras les hubiese juzgado pulcros y escrupulosos! Sería este examen conveniente sobre todo para poner en claro, deduciéndolo de los hechos observados, qué clase de pureza es la que aman los defensores de la organización social que padecemos.

Parece imposible que la sociedad actual tenga defensores. Defender el actual estado de cosas, es defender la prostitución en todas sus abominables manifestaciones y todas sus desastrosas consecuencias. Existen, no es posible dudarlo, individuos que han sabido vivir apartados de la general baja; pero no tienen cabida en la sociedad actual instituciones sanas, limpias, dignas de respeto: el matrimonio es un pudridero, cada día más infundido; el infanticidio se comete con una frecuencia aterradora; el abandono de hijos ni puede castigarse, ni siquiera es mal mirado; la sodomía reina entre los que hacen profesión de la castidad; la masturbación agota las energías vitales de la juventud. ¡Hermosa sociedad y valiente moral la de los que viven á gusto en ella! Esos son los que dan y quitan patentes de honor y los que abominan del amor libre. Es natural.

Si una nueva y más justa organización de la sociedad diera á la mujer la independencia moral y económica, no hallarían los viejos lujuriosos mujeres jóvenes que vendiesen sus encantos por dinero; no podría realizar sus conquistas el patrono ó jefe de taller valiéndose de la amenaza del despido; no tendrían á su disposición los ricachos libertinos el ejército de mujeres caídas que llenan por la noche las principales avenidas de las grandes ciudades. Serían imposibles los matrimonios desproporcionados que hoy realiza el interés. Desaparecería el adulterio cuando la mujer no viniese obligada á vivir con el hombre á quien no ama, que quizá la desprecia ó la maltrata. No habría padres infames que se negasen al cariño de sus hijos, ni madres feroces que los ahogaran al nacer por ocultar su ligereza ó su pasión. No habría lugar para la masturbación y la sodomía, desviaciones de la ley natural que la privación ocasiona. Verdaderamente tales aspiraciones merecen el anatema de nuestros pudibundos moralistas, los que se han acomodado al ambiente y viven como el pez en el agua en nuestra sociedad cristiana y tradicional.

El amor libre constituye la más bella aspiración de los buenos revolucionarios. Necesita para su perfecto desarrollo una organización social en que sea imposible la miseria, en que cada cual participe en la medida de sus necesidades de la riqueza común á cuya creación contribuya el esfuerzo de todos, pues la mujer, por las funciones pro-

pias de su naturaleza, al contribuir á la vida universal se debilita y necesitará sustituir por el amparo de la colectividad que la hará libre el individual é interesado del hombre que hoy la esclaviza.

No podrá ser libre el amor hasta que la mujer no haya adquirido la independencia económica y la seguridad de ser atendida en sus necesidades; pero cuando esto se logre, entonces la mujer dará el último puntapié á las ridículas y funestas preocupaciones, porque comprenderá que en el amor y en la libertad estriba su bienestar y el de toda la especie.

Tan convencido estoy de que la libertad del amor es entre todos los ideales de nuestro tiempo el más bello, el que promete mayor suma de felicidad á la especie humana, que si se hubiesen resuelto ya los otros problemas, si la propiedad fuese común, si se hubiese abolido la autoridad, si la igualdad y la libertad fuesen un hecho en las demás relaciones humanas y solo, por una extraña inconsecuencia, esta cuestión del amor libre quedase por resolver, creo que sería motivo suficiente para recomenzar la propaganda revolucionaria, en la seguridad de que no serían desproporcionados cuantos esfuerzos y sacrificios se realizasen para conseguir esta hermosa y benéfica libertad.

J. Mir y Mir

No enseñemos á los pueblos á ser lógicos y derramarán estérilmente su sangre en otras cien revoluciones. No dirijamos el hacha contra el seno del poder mismo, y consumirán siglos en ir de la monarquía á la república, y de la república á las dictaduras militares. Después de cada triunfo, «queremos, dirán como hasta ahora, un poder fuerte, capaz de arrollar á nuestros enemigos»; y como hasta ahora, se forjarán nuevas cadenas con sus propias manos. Las preocupaciones más arraigadas son las que más necesitan de rudos y enérgicos ataques; la alarma es, además de inevitable, útil. Llamo poderosamente la atención sobre las ideas que han logrado producir, las siembra en todas las conciencias y en todos los intereses alarmados. ¡Desgraciada la idea que no alcanza á sublevar contra sí los ánimos! Hará difícilmente prosélitos, morirá olvidada ó despreciada. Mas ¿se teme verdaderamente la alarma? Se aspira á ser inmediatamente gobierno: he aquí la causa de la inconsecuencia.

Mi voluntad es incoercible, la noción de mi deber, irreformable, á no ser por mi propia inteligencia. En vano se me enseña una legislación dictada por Dios, adoptada por cien naciones sancionada por los siglos; mi ley moral la juzga, y pronuncia sobre ella su inapelable fallo. Si la cree injusta, la condena irremisiblemente.

F. Pí y Margall

LA ETERNA LUCHA

• Lucharás para vivir. •

Al aparecer en los umbrales de la vida el primer hombre, la invisible mano de Naturaleza escribió en su frente con indelebles caracteres: Lucharás para vivir.

Sentencia terrible, eterno estigma, maldición sangrienta que de generación en generación ha perseguido á toda la especie, sembrando en los humanos corazones el odio y el egoísmo, la desesperación y la angustia, el afán incesante de riquezas y dominio, la insaciable sed de venganzas y de reivindicaciones.

Luchar, luchar siempre sin tregua ni descanso, es el único móvil de la vida, su causa y su efecto, su principio y su fin.

Luchar para vivir; vivir para luchar: tal es el círculo vicioso dentro del cual nos movemos los humanos; círculo férreo, círculo inmenso que nos oprime, atenaza y estruja, que nos aguijonea y excita, redoblando nuestras energías unas veces, agotando nuestros esfuerzos otras; ya haciéndonos mover en vertiginoso torbellino hacia las abrasadoras regiones del continuo movimiento ó lanzándonos en línea recta á los insondables abismos de la quietud eterna.

Desde el nacer hasta el morir, desde que por vez primera abrimos los ojos á la luz hasta que por vez postrera los cerramos para dormir el helado sueño de la muerte, el espectro de la vida, sañudo, airado, imperativo, nos repite sin cesar: ¡Hombre, lucha!

Si, hombre, lucha para salir del seno materno; lucha para aspirar el aire vivificante; lucha para agarrar la teta que te nutre; lucha para desenvolver tus facultades físicas y morales; lucha para cohibir ó dar expansión á tus pasiones, á tus deseos y á tus necesidades; lucha para trabajar; para ganar el cotidiano alimento, para estudiar, para amar, para odiar; lucha por tu honra y por tu honor, por tu patria y por tu señor, por tu religión y por tus ideales; lucha, en fin, para vivir.

Y si en medio del combate te abandonan las fuerzas, si desfallecen tus energías, si el miedo hace presa en tu alma, ¡ay de tí! El tribunal de la vida, inexorable y fiero, te condenará á la última pena.

Lucharás para vivir, —nos dice la ley eterna de la Naturaleza.

Y bien, luchemos, pero luchemos con honor y con provecho.

Luchemos contra el extraño; no contra el hermano. Luchemos contra el que nos oprime; no contra el que nos ayuda. Luchemos contra los elementos que se oponen á nuestro desenvolvimiento; no contra el semejante cuya cooperación necesitamos para ser menos terrible y más provechosa la común lucha.

Hoy, desgraciadamente, el mayor enemigo contra el cual ha de luchar el hombre, no son los agentes exteriores, las fieras dañinas, las inclemencias atmosféricas, las arideces del suelo ó los cataclismos terrestres; hoy, el mayor enemigo del hombre es el hombre mismo.

El hombre lucha contra el hombre para hacerlo su esclavo, para subyugarlo y explotar o; el hombre lucha contra el hombre por la posesión de un pedazo de tierra, por la acumulación de riquezas, por haber nacido en diferente lugar, por hablar distinto idioma, por tener diversa religión.

Luchar para vivir es luchar para quitar la vida al prójimo.

La lucha por la existencia es la lucha contra el semejante.

El trabajo y la inteligencia son los mejores abonos para fertilizar el campo extenso é infinito de la lucha por la existencia; la sangre humana es solo poderoso esterilizante que convierte en abrasador arenal lo que debiera ser fértil tierra de exuberante y espléndida vegetación.

La lucha por la vida, sana y honrada, sin sangre que la manche y sin odios que la enconen, inagotable fuente de potentes actividades, de fecundas energías y de grandes iniciativas, es la única y verdadera lucha para el sostenimiento y ennoblecimiento de la humana especie.

La lucha brutal y salvaje del hombre contra el hombre, la lucha por el predominio y el privilegio, generadora de odios, causa de funestas desigualdades y grandes miserias, esa lucha cruel y sangrienta no es, no, la lucha por la vida, la lucha por el goce y el bienestar; sino la lucha por el exterminio y destrucción de la vida, la lucha por la muerte.

Palmiro de Lidia

CANTO Á LOS VIEJOS

¡Salud, encinas por la edad dobladas!
¡Salud, montañas bajo el sol nevadas,
rescoldo de los hornos de la Tierra!
¡Salud, cabezas blancas; labios fríos;
álamos apartados de los ríos;
corceles expulsados de la guerra!

¡Salud, cansado batallón de viejos,
que, dando á todos débiles consejos,
vais descendiendo del altivo monte!
¡Salud, y permitidme que adelante
mientras, de resplandores abundante,
se ensanche enfrente mío el horizonte!

Sois torrentes siniestros que el deshielo
va derramando de la cumbre al suelo
para anegarlo todo impiamente;
pero tan sólo moveréis las piedras,
y los arbustos y las verdes yedras
en vuestras aguas mojarán su frente.

Pasad, como implacables leñadores,
chafando nidos y arrancando flores
por la selva grandiosa de la vida;
que la inmensa legión de los mancebos,
su nido haciendo en los arbustos nuevos,
va detrás de vosotros atrevida.

Tenéis cariño al báculo, patriarcas;
vuestra corona idolatráis, monarcas;
amáis á vuestro cuerpo, almas eternas
y maldecís de todos los senderos
y de las alas no sabéis valeros,
cuando os empiezan á fallar las piernas.

¡No sabéis avanzar! No sabéis viejos,
ver que la Juventud se queda lejos,
que vive en otro mundo y de otra suerte;
queréis juntar la entrada y la salida—
cuando ella late enfrente de la Vida
y vosotros enfrente de la Muerte.

Dejad que luche la semilla libre,
que, fecundada, se estremezca y vibre
extendiendo sus brazos diminutos;
¡no envidiéis su entusiasmo y sus colores
vosotros, buenos viejos, mustias flores
que está el Destino convirtiendo en frutos!

¡No dudéis los llegados á la cumbre,
Profetas; y no os cause pesadumbre
la soledad inmensa que os rodea!
¡Lanzad siempre adelante la mirada
y pasad de la carne, vuestra amada,
á vuestra esposa mística, la Ideal!

¡Dejadles el presente á los que viven!
Ellos aman el sol, ellos reciben
la triunfante caricia de los vientos,
cuando en vuestras eternas soledades
se han acabado ya las tempestades
y han perdido su voz los elementos.

¡Decidnos lo que veis!—Vuestros consejos
sean promesas, inspirados viejos,
como las voces últimas de un Cristo:
y, ya sobre la cumbre apetecida
mirad el otro lado de la vida,
sin volver á mirar lo que habéis visto.

Van el triunfo á lograr vuestras hazañas;
lleváis el Porvenir en las entrañas
y el parto misterioso está cercano;
vuestra Vida es intensa y solitaria—
¡que acuda á vuestros labios la plegaria,
al caerós el hacha de la mano!

¡Dudaréis de la Vida, en el instante!
en que la miés, cerniéndose abundante,
os sonríe en copiosa perspectiva?
¡Vivid en el reposo del que escucha,
ancianos!—¡Siga al ruido de la lucha
la inmensa placidez contemplativa!

E. Marquina

*Soy internacional: mi patriotismo va más allá
de las fronteras que limitan una nación; el mundo
es mi patria, todos los hombres son mis paisanos.
Eso es lo que el emblema de la bandera roja significa;
ella es el símbolo del trabajo libre, del trabajo
emancipado.*

PARSONS

Las huelgas

¡PARECÍA la huelga general un sueño. No lo será á lo que se ve, dentro de poco. Se la va lentamente organizando y acabará por hacérsela. La dan principalmente fuerza sus propios enemigos, que hacen con sus excesos mayor cada día la solidaridad obrera.

Se intentó la huelga general primero en Sevilla y se la anunció luego en Barcelona. En Barcelona han estado estos días los obreros á punto de consumarla. A la primera huelga allí iniciada se han ido adhiriendo oficios, y solo la falta de organización y de energía entre los mismos obreros ha podido hacer fracasar el pensamiento.

Las autoridades han estado á la altura de siempre. El proyecto de ley sobre huelgas vino á descubrir del todo el criterio del Gobierno en la cuestión y á quitarle toda la fuerza moral. La intervención de los gobernadores en las huelgas, será en adelante un motivo de agravación del conflicto. Están los obreros convencidos de que la autoridad les es contraria.

Dados los términos en que la cuestión está planteada solo una completa neutralidad podría ser garantía de orden en las disputas entre el capital y el trabajo.

Sacar las tropas á la calle; detener sin ton ni son huelguistas y no huelguistas; provocar con inútiles aparatos de fuerza y desatentadas agresiones á muchedumbres ya excitadas por razón de la misma causa que defienden; hacer en fin, otra cosa que limitarse al mantenimiento del orden y la seguridad de las personas, es atraer la nube, y con ella el rayo que se quiere evitar; es echar sobre las autoridades y el gobierno la pesadumbre de todos los odios y convertir desde luego la cuestión en cuestión política y de orden.

Y eso es lo que se ha hecho estos días en Barcelona.

La huelga es el arma natural del obrero; ella ha de ser la palanca con que remueva el pesado mundo del capital y lo transforme.

Pero la huelga sin organización, sin elementos, sin una solidaridad probada, no pasará de chispazo que podría y aún debería servir de aviso, si el capital fuese menos egoísta y más ilustrado; pero que, dadas sus condiciones actuales, se resolverá en represalias más de una vez sangrientas.

El porvenir debe ser del trabajo, y del trabajo será. La bancarrota del régimen capitalista es inevitable.

Gobiernos sin previsión, y sobre todo sin autoridad moral y sin prestigio, nada podrán para evitarla; antes ayudarán eficazmente á anticiparla con sus desafueros y desmanes.

Todo parece de momento acabado en Barcelona.

Debajo de la ceniza sigue, sin embargo ardiendo el rescoldo.

Preparémonos á asistir á la muerte de todo un régimen que juzgaron nuestros abuelos inconvertible.

(De *El Nuevo Régimen*).

EL NIDO DEL AGUILA

(LEYENDA DANESA)

¡CAYENDO á plomo sobre un pequeño pueblo, alzabase en la azulada atmósfera abrupto peñasco, tan alto y desnudo, que ningún pié humano pudo alcanzar su cúspide, y donde una familia de águilas había construido su nido. Sobre este nido Mr. Bjornsjerne Bjornson (autor del drama «La Quebra») ha escrito una historia; pero como la he oído contar algo diferente, á mi vez la traslado al papel.

Escuchad:

Sobre la cima de este peñasco—repito—una familia de águilas había construido su nido, y desdelejanos tiem-

pos, tantos como pueda recordar la memoria de los hombres, las águilas habían sido el terror de la comarca.

Tan pronto caían sobre las cabras y ovejas que tranquilamente ramoneaban la hierba de los lejanos prados, como picoteaban los ojos de los pastores que con sus paños intentaban defender sus rebaños. Si, á veces, se apoderaban hasta de los niños mientras jugueteaban en la plaza del pueblo; levantábalos, suspendidos en sus garras, más alto que la cima del peñasco, para, desde allí, lanzarlos y destrozarlos en su caída.

Los audaces jóvenes del país soñaban siempre con el noble propósito de escalar el peñasco para arrojar del nido á los rapaces y devolver la tranquilidad al pueblo. Desde la infancia ejercitábanse en encaramarse por las paredes del peñasco, y á esto se debía que no se encontrara por los alrededores otros hombres tan audaces y atrevidos como ellos. Era rarísimo quien pasara de los veinte años sin que hubiese tentado el peligroso escalón del nido del águila; pues nadie los hubiera considerado hombres, ni ellos habríanse atrevido á cortejar de noche una muchacha sin probar su valentía contra el invencible enemigo.

Y, sin embargo, ninguno de ellos logró poner su mano en el nefasto nido. Algunos llegaban hasta el primer saliente del peñasco; pero una vez en él, se apoderaba el vértigo al contemplar, bajo sus pies, la aguda flecha del campanario del pueblo irguiéndose en el azul como el hierro de una lanza. Otros llegaron hasta la segunda aspereza; casi á la mitad del camino; pero al querer traspasarla, las capas pizarrosas se desmenuzaban bajo sus pies, y con celeridad vertiginosa resbalaban á lo largo de la abrupta roca, rechazados, rotos sus huesos y hendido el cráneo. Uno solo alcanzó un día la tercera anfractuosidad; pero una vez en ella, cayó de improviso de espaldas, como repelido por invisible mano. Cual pájaro herido atravesó el aire desgarrándolo con ronco grito, rebotó de roca en roca, y rodó, en fin, despedazado en medio del pueblo.

Por esta época, un nuevo párroco llegó á la comarca, y cuando se enteró de la loca lucha emprendida por los habitantes contra las águilas, comenzó desde el púlpito á fulminar sus rayos contra aquel insensato juego de vida ó muerte.

—Es tentar á Dios—exclamó—el cual, en su sabiduría, ha puesto límites al poder del hombre; límites que nadie puede traspasar sin ser castigado.—Y señalando el nido, añadió que Dios mismo lo había emplazado tan alto como señal evidente de que hay cosas que desafían todos los esfuerzos humanos.—¡Pues saludable es que siempre haya alguna—decía—que pueblo jamás pueda alcanzar!

Entre los ancianos del lugar, el sermón del cura cayó en terreno abonado; pues no había casa que no contara con un hijo estropeado, ni familia que no llorase la pérdida del consuelo y apoyo á su vejez. Parecía como si la abrupta cima les atrajese con irresistible pujanza; y no obstante, corría ya de boca en boca la noticia de que al siguiente domingo, un joven de diez y ocho años, hijo único de una pobre viuda, intentaría el arriesgado escalo.

En la grande plaza de la iglesia, á la hora fijada, los habitantes del pueblo, reunidos, hablaban bajo, contemplando á través de las veraniegas nieblas, las paredes de la roca en que el joven había llegado al primer saliente. Ésta, ni siquiera se detuvo; quitóse el sombrero, y lanzando con todas las fuerzas de sus pulmones un grito de esperanza, saludó á su madre, que desgredada y sollozando, arrodillada al pié del peñasco, tendíale sus brazos.... Al alcanzar la segunda aspereza, sentóse el joven, y mientras se enjugaba el sudor, midió con ojo certero la distancia que lo separaba del final del camino.

Todas las miradas se fijaron en él, cuando un instante después se le vió estrechar el cinturón, y, con la lentitud de un gato, avanzar de nuevo ayudándose con las manos, puesto que el peñasco desgastado por las heladas del invierno, volvía cada vez mas perpendicular. A cada tentativa de avance resbalaba, y los viejos bajaban la cabeza, mirando con ojos de compasión á la madre desvanecida en medio de un corro de mujeres.

—Esto acabará mal—murmuraban acercándose unos á otros—¡Es demasiado joven!—¡Y demasiado atrevido!

En una pequeña elevación del terreno una joven de rubia cabellera, aislada de todos, con su corpiño encarnado, contemplaba la escena cruzadas sus dos manos á la espalda. Varias mujeres del pueblo, al pasar cerca, la miraban con torva ceñuda faz, al saber que era la novia del audáz joven y precisamente la que le había pedido aquella prueba de su valentía y de su cariño. Indiferente á la ansiedad general y á la indignación que la rodeaba, seguía con la vista, sonriente, á su prometido, suspendido entre el cielo y la tierra; y en su linda cara, tersa y encarnada, leíase la certeza de que sería su novio el que lograra alcanzar lo que otros no pudieron obtener.

De pronto un grito partió de la asamblea. Subiendo rápidamente en zig-zag, el joven acababa de alcanzar la tercera y última saliente. Pero sus fuerzas parecían agotadas. A pesar de que no semejava más grande que una mosca, pudo distinguirse agarrado aun á la roca.

El que poseía mejor vista de los del lugar, un hombre rodeado de un grupo ansioso, dijo sacudiendo tristemente la cabeza:

—No volverá vivo. Está más blanco que la cal y tiene las manos ensangrentadas.

Silencio general se impuso. El joven erguíase de nuevo, y el hombre citado vió cómo se estrechaba aún

más el cinturón, examinando las paredes rocosas que ante él tenía, perpendiculares entonces hasta llegar al nido. Viósele buscar á tientas apoyo para sus manos y pies....

Un estremecimiento sacudió dolorosamente á todos: ¡el joven resbalaba!....

Gruesas piedras destacáronse del peñasco rodando ruidosas á lo largo de las rocas....

—Todo se acabó para él—pensaron algunos; otros, en su emoción, dijéronlo en alta voz.

Pero vivamente, el atrevido cogióse con sus dos manos á una hendidura de la roca y se refugió agazapado hasta que sus pies encontraron nuevo apoyo. Y lentamente, con precaución, avanzó....

Minutos parecidos á siglos transcurrieron, durante los cuales los espectadores reunidos mirábanse unos á otros espantados, pues la sombra proyectada por la cima ocultó á sus ojos asombrados el audaz joven. ¡Tal vez había caído!....

De improviso un clamoreo general estalló. Viéronle sobre la cima de la roca, destacándose en el claro azul del cielo.

En aquel momento, las águilas, muy lentamente atravesaban los aires...; pero el joven, con rápido movimiento, cogió las ramas del nido, y nido y huevos cayeron precipitados de lo alto de la roca en las profundidades peñascosas. Las águilas, aterrorizadas, interrumpieron su vuelo; después, las dos, arrojando agudos chillidos, y con rápido y ruidoso batir de alas, volaron de nuevo desapareciendo á lo lejos....

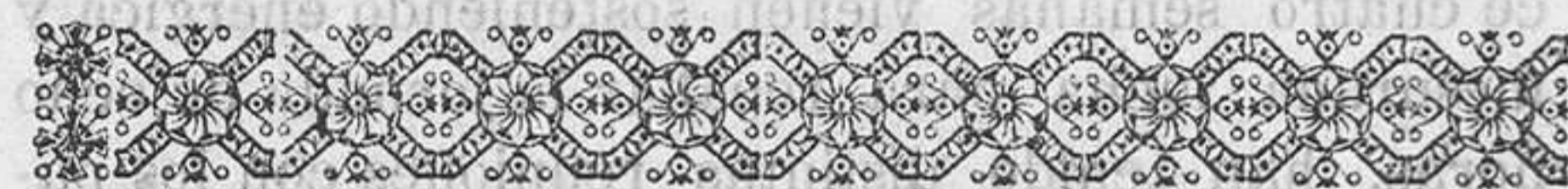
Y en la pradera, los gritos de contento hendían la atmósfera de tal modo como jamás desde tiempos inmemoriales se habían oído. Solamente el párroco se retiró silencioso y cabizbajo.

«Sólo él no podía comprender aquello.»

.....

¡Y es que no hay nada en el mundo, por alto que sea, que la voluntad tenaz y firme de un pueblo no pueda alcanzar un día!

Henrik Pontppidan



Las revoluciones no deben limitarse actualmente á cambiar las formas políticas y hacer pasar el poder de unas manos á otras; sólo mercean el triunfo, y tienen probabilidades de conseguirlo, las revoluciones hechas en interés de todas las clases de un pueblo y particularmente de aquellas más desheredadas y que más sufran.



FRAGMENTOS

Si el Socialismo se esfuerza por apartar á las masas de los partidos republicanos, no es porque tenga aversión á la República, sino por evitar un equívoco ó una ilusión fatal. Las reivindicaciones del Socialismo son, ante todo, económicas. La más leve modificación en el régimen de la propiedad tiene mayor transcendencia que la conquista de un gran derecho político. En torno del derecho de la propiedad gira todo el derecho histórico y la conquista de la libertad económica trae aparejada la libertad política. Por no haberse penetrado bien de esta verdad hizo en vano una revolución el pueblo del siglo XVIII. La Revolución de 1789, por su amplitud y empuje, debió ser una revolución social, y quedóse en revolución política. La astuta burguesía supo dirigir en provecho suyo aquel gran movimiento, expropiando á los nobles y al clero, con el concurso del pueblo, contra el cual se volvió cuando la Revolución había llegado al grado que á ella le convenía. Porque la clase media tenía premeditada su obra: era una clase ilustrada; poseía toda la ciencia de los enciclopedistas, y sabía á donde iba y lo que quería mientras el pueblo, inconsciente, carecía de orientación, y así cayó en el lazo, y contentóse con una ilusión de libertad que lo concedía la clase triunfante como premio á su ayuda.

La burguesía abusó entonces de la ingenuidad y de la ignorancia del pueblo; jugóle una mala partida, escamoteándole los beneficios de la Revolución, y cuando aquel cayó en la cuenta del engaño era ya tarde. Mientras el pueblo se entregaba al lirico en-

tusiasmo de una libertad ideal, la otra clase establecía todo un régimen económico para sí, acaparando la propiedad y con ella la libertad positiva, propiedad y libertad exclusivistas que habían de tornarse necesariamente en tiranía, porque la clase dominante tenía que defender sus privilegios contra el pueblo burlado que pedía su parte.

Es necesario que no se repita el engaño, que el pueblo tenga una orientación, que no se deje nuevamente reducir por el brillo de las bellas ideas, por nuevas abstracciones de libertad y derechos políticos, olvidando el centro de todo derecho y de toda libertad: las instituciones económicas, el régimen de la propiedad. Los derechos políticos no son más que un medio para llegar á los derechos económicos, y no vale contentarse con los primeros, porque carecen de objeto sin los segundos. La burguesía de la Revolución deslumbró al pueblo con nuevas apariencias de derechos, guardando para sí las realidades; es menester que el pueblo aproveche esta lección, curándose del romanticismo político, para formarse una concepción más realista de la índole de sus aspiraciones y dirigir su acción al terreno económico.

El Socialismo no quiere masas ciegas, inconscientes, ignorantes de su propio interés; quiere un proletariado capaz de una acción vigorosa por el conocimiento positivo y concreto de sus aspiraciones, y para esto es preciso que el proletariado acometa su educación económica, que se penetre bien del realismo económico que mueve la Historia, de que es solo humo y engañosa ilusión la libertad económica, y en fin, de que mientras el derecho de propiedad sea el privilegio de una minoría, todos los demás derechos son vanos y toda revolución estéril.

Miguel de Aquino.



UNA DUDA

Perdón, perdón, padre mío, si por un momento he albergado en mi alma la duda! Era tan convincentes sus razones y tenían tal acento de verdad sus palabras, que no pude, bien á pesar mío, evitar sus efectos. No vengo á confesáros ningún pecado de los que nuestra santa religión culifica de mortales. No es vuestra absolución lo que hoy busco en el confesionario; es algo más: vengo á que matéis esta duda; vengo á que destruyáis con las razones poderosísimas que indudablemente tenéis, los conceptos que tan malos efectos me han producido.

—¿Tú sabes lo que dices amigo mío? ¡La duda, áspere pendiente por la cual rodarías al tenebroso abismo de la impiedad; camino recto para llegar al infierno! á ser abrasado en el fuego eterno! ¡Desgraciado! ¿Cómo has podido olvidar que nuestra santa madre Iglesia nos manda cerrar los ojos á palabras de impios, y apartarnos de toda ocasión de cirlo?!

—Escuchadme: yo no te ve la culpa. Era el domingo día de descanso para nosotros los obreros. Paseaba distraídamente por una calle cuando me encontré á dos compañeros de trabajo los cuales me invitaron á ir con ellos á una reunión de trabajadores, ó á un mitin según me dijeran. Llegamos á una casa situada en sitio céntrico, y entramos en un salón grande, lleno de hombres y adornado con banderas y estandartes, con inscripciones y oficios. Aquellos hombres hablaban de luchas sociales, de igualdad de clases, de fraternidad universal y de otras mil cosas muy hermosas, completamente desconocidas para mí. Luego uno de ellos ocupó la presidencia dirigiendo desde allí la palabra á los demás. No recuerdo todo lo que dijo; pero sí, que nos presentó la historia de la humanidad, explicándonos las diferentes fases por que ha pasado para llegar al actual estado. No dijo que la religión era el medio de que se habían valido los más listos para participar en colaboración con los más fuertes, del festín de la vida, á costa de la ignorancia de nuestros antepasados; que Dios es un ser utópico, inventado por ellos para amedrantarnos, y obligarnos así á trabajar en su provecho; que los fenómenos más sorprendentes, de los cuales se valen para demostrarnos la existencia de ese Dios, son perfectamente naturales y están explicados lógicamente por la ciencia; que no existen los milagros: que todo obedece á leyes invariables de la naturaleza y no á mano oculta alguna, que el sol que alumbrá el día y las estrellas que embellecen la noche, son otros tantos mundos sostenidos en el espacio por razones de gravitación universal; que el hombre es el rey de la creación, no porque así lo ordenó Dios,

sino porque es el sér que mayor grado de perfección alcanza; que es completamente libre y debe desechar preocupaciones funestas y tiranías enojosas, y que debe luchar para establecer la igualdad de clases, concluir con la explotación del hombre por el hombre y que todos trabajen puesto que todos consumen.

—¿Y has podido dar crédito á esas palabras, pronuncias por hombres egoístas, locos de atar, ovejas descarriadas del rebaño del Señor?

—Sí; porque hablaba con acento de perfecta convicción, con vehemencia, poseído de la fé que deben tener los mártires, y porque nada pedía en provecho propio, todo en bien de la humanidad; por eso vengo, porque su abnegación me ha hecho dudar, á que destruyáis con razones más sólidas las que allí expusieron.

—Escucha, hijo mío: y al contemplar la inmensidad del espacio, la majestad de la noche, el fragor de las tempestades, ¿no has adivinado la mano poderosa de un Dios justo y omnipotente que riges los destinos de este bajo mundo?

—No; me explicaron todo eso con razones de lógica irrefragable y me dijeron que no debía admitir un Dios que consentía que mientras unos habitan palacios, vivan otros en miserables cabañas, porque no es justo, y Dios al dejar de ser justo deja de ser grande, y no siendo grande deja de ser Dios, ese Dios no existe. Explicádmelo de una manera satisfactoria, mostrádmelo y creeré en él.

—Pero ¿y la fe? ¿la fe que nos manda creer en aquello que no está al alcance de nuestra mirada?

—Me dijeron que la fe es el último recurso de que se valen los listos, abusando de la credulidad de los demás, y que no se debe creer sino aquello que está presente ó satisfactoriamente explicado.

—Pues bien; la religión se cree pero no se discute.

—¡Ah! ¿Luego es cierto lo que me decían? Que la religión no se apoya en bases sólidas, sino en la buena fe de las gentes; que según ella Dios nos da la inteligencia para pensar, y sus ministros nos lo prohíben para que no veamos los defectos de que adolece. ¿Luego me dejáis con las mismas dudas? Entonces no extrañéis que me retire y vaya allí donde todo es claro como la luz del día y no existen misterios ni milagros, reñidos con el sentido común.

—¡Detente, desgraciado! ¿No temes la cólera divina, ni el fuego terrible donde por una eternidad sufrieras el castigo de tu desvarío?

—No; ya no temo nada porque nada creo. Ya estoy plenamente convencido de vuestra falsedad. Ahí te quedas negra venda que cubristes mis ojos, duras tenazas que oprimisteis mi inteligencia. Abur, ridículo ejército de ídolos, conjunto de necedades, ya es libre mi pensamiento, dichoso día en que rompo con una de las más terribles tiranías.

(El cura patalsando.) ¡Maldición! Uno menos.

Jesús Navarro

¡Guerra al alcoholismo!

He aquí algunas de las conclusiones de las conferencias que sobre el alcoholismo ha dado recientemente en Bayona el doctor Delvaile.

«El alcohol es la bebida más funesta que ha inventado el hombre.

Ni aumenta ni fortifica; es como el latigazo que se da á un caballo; que en cuanto pasa la excitación viene el cansancio.

El alcohol no es aperitivo: retrasa las funciones del estómago, lo desgasta y enferma.

Tomar un aperitivo antes de las comidas es querer abrir el estómago con una llave falsa.

El ajeno es el más terrible de los alcoholos, es la epilepsia embotellada.

El alcohol destruye todos nuestros órganos, estómago, corazón, vasos sanguíneos, hígado, riñones, pulmones y cerebro.

El alcohol vuelve á uno tuberculoso.

El alcohol mata la inteligencia, causa la epilepsia, vuelve á uno loco, empujándole al crimen y al suicidio.

Los países en donde más alcohol se beben son aquellos donde más crímenes se cometen.

El alcohólico envejece antes de tiempo.

Los hijos del alcohólico son á menudo escrofulosos, raquíticos, tísicos, idiotas, epilépticos, locos y criminales.

La nodriza que busca tonificarse bebiendo

mucho vino y cerveza y aún un poco de alcohol, estropea su propia salud y envenena á quien cria.

El padre y madre que hacen beber demasiado vino y un poco de aguardiente á sus hijos, son asesinos.

Aquel que se ha embriagado una vez volverá á hacerlo; y vendrá á alcoholizarse.

Se llega á alcoholizarse sin saberlo, y aún sin haberse embriagado.

Es suficiente para esto tener la mala costumbre del aperitivo, de la copita diaria, del vaso de vino blanco para matar la lombriz, vaso que á quien en realidad mata es al infeliz que lo bebe.

El alcohol arruina.

En diez años en los Estados Unidos el alcohol ha costado dieciocho mil millones; ha causado 1.500 asesinatos, 2.000 suicidios y ha hecho 200.000 viudas y 1.000.000 de huérfanos.»

Movimiento social

Barcelona 15 Enero 1902.

Las huelgas iniciadas desde el principio del presente conflicto siguen sin resolver, pudiéndose dar por terminado el intento de huelga general.

Los obreros del ramo metalúrgico, que ya hace cuatro semanas vienen sosteniendo enérgica y mesurada lucha para recabar la jornada de ocho horas, han tenido distintas reuniones con los patronos y en ninguna ha sido posible arreglar nada. La última se celebró por iniciativa de una comisión de concejales nombrada á propuesta de D. Odón de Buen, que convocaron á patronos y obreros á una reunión que después de muchas proposiciones resultó también inútil.

Ayer en la nueva Plaza de toros se reunieron unos ocho mil huelguistas y se dió cuenta del estado de la huelga, resultando un acto digno de obreros que saben luchar por su emancipación. Se dijo que los obreros que trabajan en la Maquinista Terrestre y Marítima están dispuestos á abandonar el trabajo para secundar la huelga.

Por otra parte, los patronos bastante debilitados, dicen que no pudiendo ceder á lo que los obreros piden, y perjudicados por los días que no pueden trabajar, están dispuestos á darse de baja en la contribución, lo cual es difícil que lo lleven á cabo, porque no les conviene, á pesar de que dos ó tres ya lo han intentado.

Los descargadores de carbón de piedra que se declararon en huelga pidiendo aumento de jornal siguen del mismo modo que el primer día. Protegidos por un ejército de polizontes y guardias civiles trabajan algunos *esquirols*, que al retirarse encuentran quien les proporcione alguna paliza. Tenazmente se mantienen los huelguistas firmes en la demanda dispuestos á no sucumbir.

E. G.

El jesuita Sarmiento

UN NUEVO LEO TAXIL

La estrechez de la sotana

El título parece de una pieza del género chico; el asunto lo parece todavía más.

Ramon Sarmiento es un jesuita tocado de estetismo, según nos contó la prensa católica, que debe conocerle á fondo, y confirmó el mismo Siglo Futuro, gaceta oficial de la Compañía, en su campaña

de difamación contra los curas de El País. Apartado de la iglesia, no sabemos si por celos estéticos ó por otros cualesquiera motivos.

Los librepensadores, que no le conocían, le recibieron como él quiso presentarse, como un cura arrepentido y en *El País* y en *El Pueblo* de Valencia y en *El Motín* le dejaron escribir creyendo en su sinceridad. Quizá faltaron por no tener en cuenta que Sarmiento, á pesar de todas sus protestas, era un jesuita.

Pronto, empero, le conocieron; no pudo ocultar su feo vicio, adquirido en el noviciado, y tuvo que ser echado de mala manera de aquellas redacciones.

Entre los impíos no pudo hacer vida.

Desconsiderado, despreciado por todos, ha tenido que volver al seno de su amorosa madre, la que le educó y enseñó sus malas mañas y la que le ha abierto otra vez (no sean ustedes maliciosos) le ha abierto los brazos cariñosamente, acogiéndole en su seno (no lo hechen ustedes á mala parte), y un Fr. Ruperto de Manresa, O. M. Cap. participa entusiasmado desde Roma al Arzobispo de Valencia «Por encargo del Excmo. é Ilmo. señor Comisario del Santo Oficio» la vuelta del ejemplar sacerdote á la iglesia de la que nunca debió apartarse, alegrándose por la edificación y consuelo (espiritual, ¿eh? espiritual) «que ha de causar en el ánimo de V. E. I. y en el de todos los fieles esta retractación que devuelve á Dios y á su iglesia el alma de un ministro suyo...»

Ministro de Dios capaz para administrar los sacramentos, para hacer bajar el mismo Dios á sus consagradas manos que... ¡detente pluma!

¡Que poca... aprensión, la de esos católicos! ¡Y luego nos hablarán de la estrechez de la sotana para los vicios y pasiones de los sacerdotes!

Ahí está como ejemplo vivo ese Sarmiento, que no ha encontrado ambiente para sus aficiones en el campo de la impiedad y tiene que volver á su iglesia, á las estrecheces de la sotana, y á la amistad de sus antiguos compañeros, más tolerantes, más mangancha, más cariñosos, indudablemente, con el infeliz extraviado que los impíos de las redacciones liberales.

Cuando Taxil, después de haber engañado al espíritu santo con una falsa conversión quiso volver á las lógias, éstas le cerraron sus puertas con asco. Los católicos admiten regocijados á Sarmiento, tolerándole que oculte bajo la sotana, bajo la estrecha sotana, sus aficiones. ¡Allá ellos!

Sarmiento era jesuita y no puede ser otra cosa. Necesita cubrirse con la sotana, con la estrecha sotana, porque el traje de hombre... vamos, que no le tapa bastante.

Solidaridad Internacional para los obreros presos y perseguidos

NOTA. En el número anterior sufrimos una equivocación; las cantidades estaban conforme, pero la suma se hizo mal, como pueden comprobar nuestros lectores. La verdadera suma es la que ponemos hoy.

	Ptas.	Cts.
Suma anterior	15	15
José Bonet	0	10
Juan Prats	0	15
Antonio Morna	0	30
Carlos Ferré	0	40
Juan Espineta	0	10
Mariano Moreno	0	20
Antonio Inglés	0	20
Juan Carretero	0	25
J. Vicens	0	25
A. C. T.	0	25
Gzolgots	0	25
Mac Kinley	0	25
Pellicer	0	25
Marti	0	50
Juan Salom	0	25
José Vidal	0	25
Miguel Adroguer	0	30

(Continuará.) Suma..... 19'40